

Un amplio índice de los términos griegos del comentario de Ammonio, debido a Louis Ouellet (35 páginas) completa este valioso instrumento de trabajo. Cabe felicitar a sus autores y editores y esperar que tenga continuadores y émulos.

GUSTAVO ELOY PONFERRADA

CARLO CAFFARRA, *Viventi in Cristo*, Jaca Book, Milano, 1981, 201 pp.

“La persona humana es un ser en camino, en peregrinación hacia la patria de su definitiva plenitud. Una plenitud que, por una decisión absolutamente gratuita de Dios, consiste en la participación de la misma Vida de comunión intra-trinitaria, que define y delimita el mismo Misterio de Dios...”.

“El camino que la persona humana, peregrina hacia su patria, recorre, si no quiere perderse, es Jesucristo (...). Todo otro camino, que no sea El, con El y detrás de El, es un caminar fuera de la verdad, de nuestra verdad. Porque su vía es la vía del hombre, de cada hombre” (p. 193).

Estos dos párrafos de la conclusión de *Viventi in Cristo* reflejan y resumen perfectamente el profundo enfoque que Carlo Caffarra ha querido dar a su exposición sobre los principios fundamentales de la moral católica: es una moral esencialmente trinitaria y cristológica y precisamente por ello profundamente humana.

A establecer esta fundamentación dedica el profesor Caffarra la primera parte de su trabajo, que sintetizará de esta forma: “... la ética cristiana es una ética *trinitaria*. Es la realización de una comunión inter-personal que es la participación de la misma comunión trinitaria. En esta participación y en la comunión que se deriva la persona humana se realiza como tal: ser que es ella misma en el don radical a la otra. De este modo, la ética cristiana es la verdad plena de la ética simplemente humana. No algo que se limita a añadir otros preceptos: es la ética en la que se cumple y se revela la verdad entera del hombre, verdad que no es sólo natural, sino también sobrenatural” (pp. 56-57).

Sin perder nunca este punto de vista, al que reconduce continuamente toda su exposición, Mons. Caffarra va repasando —con la brevedad y sencillez que le imponen los objetivos del libro y de la *collana* de que forma parte, pero también con la necesaria profundidad teológica— los conceptos generales de la moral cristiana, para tender —como él mismo dice— “*un ponte di passaggio*” hacia la moral especial tan solo en el último capítulo, en el que trata sucintamente de los diez Mandamientos, como sobrepasando el objetivo de su obra.

El autor remite continuamente a la Sagrada Escritura y al Magisterio de la Iglesia para fundamentar, como buen teólogo, todas sus afirmaciones. En este sentido, es de destacar su clarividente labor de engarce entre la doctrina del Concilio Vaticano II y todo el Magisterio anterior, tarea que pocos teólogos actuales saben llevar a cabo con el rigor necesario, a pesar de la evidencia de dicha relación, fundada en la esencial perennidad de las definiciones magisteriales de la Iglesia.

No obstante, se puede echar en falta la reproducción literal de algunos pasajes especialmente significativos de dichos documentos, que ayudaría al lector a familiarizarse con las fuentes de la Revelación y, por tanto, de la Moral. En la misma línea, aunque recoge en todo momento la doctrina de los Santos Padres y de los principales teólogos y moralistas (como Santo Tomás de Aquino o San Alfonso María de Liguorio) son escasas las referencias textuales y glosas de estos autores, muy convenientes, a nuestro juicio, para que el lector novel conozca más directamente la Tradición patristica y teológica de la Iglesia.

Debemos exceptuar, sin embargo, el capítulo sobre la libertad ("La libertad liberada"), en el que recoge y analiza con gran acierto varios textos del Aquinate, dando así una sólida fundamentación filosófica a este concepto básico en la vida moral; así como los apartados que, bajo el epigrafe "La meditación de la Esposa", cierran cada capítulo, donde recoge algunos textos —pocos, pero de gran belleza y claridad, y en armonía con la exposición— desde San Agustín a Pablo VI y a algunos teólogos actuales.

La exposición es ordenada: los temas se enlazan con facilidad y oportunidad, intercalando síntesis y resúmenes que se van completando con los nuevos elementos que los sucesivos capítulos y apartados introducen.

Ya hemos aludido a la fundamentación de la moral católica que realiza en la primera parte. Es destacable, además, la explicación que incluye en el primer capítulo sobre el papel del Bautismo y la Eucaristía en el *inserimento in Cristo*; quizá hubiera sido útil añadir una referencia previa a la gracia y a los sacramentos en general, para comprender mejor después el papel destacado de aquellos dos en el conjunto de la aplicación a cada hombre de la Redención obrada por Jesucristo.

En la segunda parte se propone estudiar "La Mediación" de Cristo. Así, analiza en el primer capítulo cómo la norma moral llega al cristiano desde Jesucristo, a través de la *parenese* apostólica, de la Tradición y del Magisterio de la Iglesia, todo garantizado por una particular asistencia del Espíritu Santo. En ese proceso, destaca Caffarra el papel de los Santos: en ellos, "la Iglesia ha reconocido una expresión perfecta de la norma evangélica" (p. 69).

Acaba ese mismo apartado puntualizando acertadamente la labor de la teología moral y de los teólogos: "al teólogo moralista por tanto, no le com-

pete ninguna autoridad en el campo moral, en sentido verdadero y propio. Sólo el Santo con su vida y el Magisterio con su función *están autorizados* para proponer la norma de la vida cristiana. Ni, por tanto, él puede presumir de ser *maestro* de vida cristiana en la Iglesia: maestros son sólo los Santos y los Obispos con el Papa. No puede presumir de colocarse como guía de la comunidad cristiana. Ni el fiel puede dirigirse al teólogo para este fin. No existe un Magisterio de los teólogos junto al de los Santos o de los Obispos con el Papa (p. 73).

En el segundo capítulo, después de analizar los conceptos de "norma-piloto" y "norma-precepto", se extiende al hablar de la universalidad e inmutabilidad de las normas morales, sentando con precisión este principio fundamental y clarificando las diferencias entre la obligatoriedad de las normas negativas y de las afirmativas, así como las relaciones entre la norma moral y el valor moral.

El último capítulo de esta parte está dedicado a la conciencia moral. Siguiendo el esquema clásico, explica el concepto de conciencia, su obligatoriedad, la libertad de la conciencia y su formación; y aclara en su momento algunos puntos que actualmente son frecuentemente tergiversados, si no totalmente olvidados: la diferencia esencial entre la obligatoriedad de la conciencia verdadera y de la invenciblemente errónea; los supuestos conflictos entre la conciencia y el Magisterio (que reconduce acertadamente a un problema de conocimiento de las normas, no de conciencia, ni magisterial); o la importancia de la dirección espiritual y, sobre todo, de la confesión frecuente, en la formación de la conciencia.

La tercera parte —con la que el profesor Caffarra completa su exposición de la moral fundamental— se encamina a "comprender, a la luz de la enseñanza de la Iglesia, la *respuesta* que la persona humana da a su elección en Cristo y a las exigencias de ésta" (p. 115).

Como punto de partida de dicha respuesta, estudia la libertad humana, siguiendo muy de cerca —como ya hemos señalado— a Santo Tomás, desde el terreno puramente filosófico hasta el teológico y moral, para concluir: "la libertad de la persona humana, por tanto, o es una *libertad liberada* (por obra de la gracia de Cristo) o es una *libertad esclava*, esto es, no-libertad, que es como decir que sólo en Cristo la persona humana es libre, porque sólo en El y por El tiene la capacidad de disponer de sí misma según la verdad de su ser" (p. 127).

Teniendo ya siempre presente el papel de la libertad, en el segundo capítulo estudia el acto moralmente bueno, las virtudes, los dones del Espíritu Santo y la contemplación, aclarando —en la línea del último Concilio— que "todo cristiano, en cuanto vive en Cristo, está llamado a la contemplación, simplemente porque está llamado a la realización perfecta de la caridad" (p. 151).

Análogamente, en el capítulo siguiente estudia el acto moralmente malo, y los dos progresivos endurecimientos del corazón humano: el primero de la concupiscencia y los vicios, hasta llegar al estado de refutación obstinada y orgullosa de la fe, porque "la raíz última de todo pecado es *el orgullo de no tener fe*" (p. 166).

Distinguiendo claramente, como siempre ha hecho la Iglesia, la malicia intrínsecamente diversa del pecado moral y del venial, y destacando la enorme gravedad de aquél, Caffarra valora también la importancia del pecado venial, y muestra asimismo, en contraste con la actual pérdida del sentido del pecado, su auténtica dimensión: "no es una «pura privación», una «pura negación»: es una determinación positiva respecto a sí mismo delante de Dios. Es un modo de ser pervertido. No es, por tanto, un «momento dialécticamente necesario» (la negatividad dialéctica): es una determinación libre por la que la persona se dispone delante de Dios y encuentra su explicación sólo en la libertad personal" (p. 169).

Brevemente, en el cuarto capítulo —propiamente el último que dedica a la moral general—, analiza las tres "conversiones" del cristiano (fe-bautismo, ejercicio de la caridad y de las virtudes, abandono total en el Espíritu Santo), que constituyen de hecho un único proceso ("La conversión permanente"); para acabar afirmando con gran oportunidad: "una vez más nos damos cuenta de la importancia que tiene en la vida cristiana la frecuencia de la confesión sacramental: es el sacramento que eficazmente significa nuestra conversión" (p. 174).

Como ya hemos indicado, cierra el libro un capítulo dedicado a los diez Mandamientos, como puente e introducción a la moral especial, saliéndose del objetivo central de la obra. Caffarra repasa rápidamente las obligaciones y prohibiciones morales que encierra cada una de *le dieci parole*, sin dejar por ello de destacar algunas aplicaciones concretas a graves lacras de nuestra sociedad actual, que constituyen otras tantas transgresiones de la Ley de Dios: las modernas formas de idolatría (idolatría de la inteligencia humana y de la voluntad); las celebraciones litúrgicas blasfemas; el aborto, la eutanasia, el suicidio...; el desprecio al valor real de la sexualidad y al sentido del pudor; la pérdida del sentido de la justicia a causa del olvido de las relaciones entre derechos y deberes ("el modo más seguro de destruir el sentido moral del derecho y de lo justo es hablar siempre y sólo de derechos y nunca de deberes" p. 188); la ausencia del respeto debido a la verdad, que impide el normal desarrollo de la convivencia humana; etc. Sin embargo, nos parece insuficientemente fundado el juicio relativo a la doctrina magisterial de la Iglesia sobre la licitud de la pena de muerte (p. 185).

Este último capítulo sobre los Mandamientos refleja la orientación práctica que Carlo Caffarra ha conseguido dar a su libro, aun teniendo éste una finalidad preferentemente teórica; y, junto a ello, ha logrado una gran actualidad en la exposición, simplemente explicando al hombre de hoy la moral de siempre, la única moral católica: trinitaria y cristocéntrica, basada en la misma libertad y dignidad de la persona humana elevada al orden sobrenatural, y transmitida a lo largo de los siglos por el Magisterio y la Tradición viva de la Iglesia.

FRANCISCO JAVIER SESÉ ALEGRE